

como cañas que las olas van á sepultar, despertarse los pueblos de un largo sueño y amenazar á cuánto les habia tenido encadenados; lo bueno y lo malo confundidos bajo la misma fatiga del yugo, en el mismo ódio de lo pasado.

Veía rasgarse la cortina del templo de arriba abajo, como en la hora de la resurreccion del crucificado cuya imagen eran esos pueblos, y quedar descubiertas, ánte ojos vengativos, las torpezas del santuario. ¿Cómo mi alma hubiera podido permanecer indiferente á la proximidad del inmenso destroce que iba á tener lugar? ¿Cómo hubiera podido mi oído quedar sordo al bramido de la oleada que subia, subia, impaciente de romper sus diques y sumergir los imperios? En vista de las catástrofes, cuyos efectos sentiremos bien pronto los últimos frailes pueden muy bien concluir apresuradamente de vaciar sus cubas, y repletos de vinos y manjares, tenderse sobre su mancillado lecho para esperar en él sin zozobra, la muerte entre los vapores de la embriaguez; pero yo no soy de los suyos, no entro en ese número, inquietame saber como y porque he vivido, porque y como debo morir.

Habiendo examinado con madurez el uso que podia hacer de la libertad que me arrogaba, no ví, fuera de los trabajos del espíritu cosa alguna que me conviniera en este mundo. Al principio de mi separacion del catolicismo habíame agitado sin duda grandes ambiciones, proyectos gigantescos: habia meditado la reforma de la Iglesia con un plan mas vasto que el de Lutero, soñaba en el desarrollo del protestantismo. Seguramente como Lutero era yo cristiano y concebido en el seno de la Iglesia, no

podia por mucho que de ella me emancipase imaginar una religion, cuyos principios no fueran engendrados por la misma Iglesia; pero dejando de creer en Cristo, volviéndome filósofo como mi siglo no me era ya posible encontrar medio de ser un novador porque todo se habia ya intentado. En materia de libertad de principios habia ido yo tan léjos como los otros y bien veia que para sentar dictámen nuevo en medio de todos aquellos destructores era preciso tener para proponerles un plan de reedificacion. Hubiera podido hacer alguna cosa en favor de las ciencias y quizá debí haberlo hecho, pero además de que no anhelaba darme un nombre en este ramo de conocimientos, mis deseos, mi energía toda sentiala para los problemas filosóficos. No habia estudiado las ciencias sino con el fin de que me guiáran en el laberinto de la metafísica y para llegar al conocimiento del Sér Supremo. No habiendo logrado este fin disgustéme de esos estudios que no me apasionaron sino indirectamente y juzgué la pérdida de una creencia, cosa tan triste de experimentar que me hubiese sido penoso el anunciarlo á los hombres. Además ¿qué hubiese sido una voz mas en ese drán concierto de maldiciones que se dejaba oír en contra de la Iglesia espirante? Era casi cobardía arrojar la piedra á ese moribundo en pugna con la revolucion francesa que ya empezaba á estellar y que causará en nuestras comarcas, no la dudes Angel, un estremecimiento mucho mas fuerte y próximo de lo que aquí se complacen en creer. Hé ahí porque te he aconsejado amenudo no desertar del puesto dó quizá honrosos peligros vendrán pronto á buscarnos. En cuánto á mí si no soy monje por el es-

piritu, lo soy y lo seré siempre por el hábito. Es una condición social, no diré como otra cualquiera, pero condición al fin y cuanto más desacreditada esté tanto más preciso se hace postarse como hombre de honor; si estamos llamados á vivir en el mundo, cierto puedes estar de que más de una mirada de ironía y de desprecio vendrá á escudriñar la guarida de esas aves nocturnas cuya raza habita hace más de mil quinientos años en las tinieblas y el polvo de viejos paredones. Los que entonces se presenten en sociedad con el oprobio de la tonsura, deben llevar la cabeza más erguida que los otros porque la tonsura es indeleble y en vano crecen los cabellos alrededor del cráneo, nada oculta ese estigma en otro tiempo venerado y aborrecido hoy de los pueblos. Sin duda, Ángel, pagaremos crímenes que no hemos cometido y vicios que no hemos conocido. Huyan pues los acreedores del castigo, oculte el rostro quien haya merecido bofetones; nosotros podemos presentar la cara á los insultos y los puños á la cuerda y llevar en espíritu y en verdad la cruz de Cristo. Este filósofo sublime del cual raras veces me oyes hablar porque su nombre ilustre repetido incesantemente á mi alrededor por tantas bocas impuras, no puede salir de mis labios, más que á propósito de las cosas más serias de la vida y de los sentimientos más profundos de mi alma.

¿Para qué podía pues servirme la libertad? Para nada que me satisficiera. Si solo hubiese escuchado los impulsos vanos de ruidos, de estrépito, de variaciones y cambios de espectáculo, me hubiera ido para mucho tiempo, para siempre quizá, explorando lejanas comarcas, atravesando extremos mares

visitando las regiones salvajes del globo. Vencí más de una fuerte tentación de este género. A veces deseaba unirme á algún sábio misionero é ir á buscar lejos del ruido de las naciones modernas, en pueblos religiosos conservadores de las leyes y creencias de la antigüedad, la calma de lo pasado. China y particularmente India ofrecían ancho campo á mis investigaciones y pesquisas. Pero sentía inmediatamente una insuperable repugnancia hácia ese reposo de la tumba del que no tenía probabilidades de escapar y que en vida iba á colocar ante mis ojos. No quise ver pueblos muertos intelectualmente, uncidos, encadenados como estúpidos animales al yugo labrado por sus abuelos, marchando todas á una, como mómias en su sudario de geroglíficos. Por terrible, por violento, por sangriento que fuese el desenlace del drama que á mi alrededor se preparaba, era la historia, era el movimiento eterno de las cosas, era la acción fatal ó providencial del destino, en una palabra era la vida lo que hervía bajo mis piés como la lava y preferí ser arrastrado por ella como una paja antes que ir á buscar los vestigios de una civilización petrificada bajo cenizas para siempre heladas.

Al mismo tiempo que mis ideas tomaban este giro, otra tentación vino á asaltarme y fué la de ir precisamente á lanzarme en medio del movimiento de las cosas y abandonar esta tierra en la cual no parecía llegar la hora del despertar de su letargo, para ver llegar la tempestad. Olvidando entonces que era monje y que había resuelto permanecer monje, me sentía hombre y hombre lleno de energía y de pasiones; pensaba entonces en lo que pue-

de llamarse vida de accion y cansado de reflexiones, me dejaba arrastrar como novel estudiante (deberia mas bien decir como jóven animal) por la necesidad de remover y ocupar mis fuerzas. Mi vanidad me cernia entonces en una atmósfera de fementidas promesas. Decíame que tal vez desempeñaria allí un papel útil; que las ideas filosóficas habian terminado su tarea, que era llegado el momento de aplicar esas ideas, que en adelante se trataba ya de abrigar grandes sentimientos, que los caractéres iban á ser puestos á prueba y que los grandes corazones serian tan necesarios como escasos. Engañábame: las grandes épocas engendran grandes hombres y recíprocamente las grandes acciones nacen unas de otras. La revolucion francesa tan calumniada á tus oidos por todos esos imbéciles á quienes espanta y á todos esos gazmoños á quienes amenaza, produce todos los dias, sin que de ello deba quedarte duda alguna, Angel, falanges de héroes, cuyos nombres llegan aquí acompañados de maldiciones, pero cuyas huellas buscarás un dia ávidamente en la historia contemporánea.

En cuanto á mí abandonaré este mundo sin saber á punto fijo la solucion del gran enigma revolucionario ante el cual van á estrellarse tantos diminutos orgullos ó tantas temerarias inteligencias. Habré pasado por esta vida como por una pendiente rápida que conduce á abismos en que seré lanzado sin tener tiempo preciso para dirigir una mirada á mi alrededor y sin haber servido para otra cosa que para señalar por mis dolores una hora mas de espera en el cuadrante de la eternidad. Sin embargo como veia á los hombres actuales atraerse aun ma-

yores males en vista de lo porvenir, que los que nosotros nos hemos hecho en vista de lo pasado, díjeme á mí mismo que todos esos males debian reportar grandes bienes, porque hoy dia, creo que hay una accion providencial y que la humanidad obedece instintiva y simpáticamente á los grandes y profundos designios del pensamiento divino.

Pugnaba contra ese nuevo entusiasmo de ambicion, último rayo de un corazon jóven, mal cohibido, por lo cual su juventud se prolongaba mas allá de los tiempos propios de candor y de experiencia. La revolucion americana me habia tentado vivamente, la de Francia me tentaba aun mas.

Un buque que se dirigia á aquel reino fué arrojado á nuestras costas por vientos contrarios. Algunos pasajeros vinieron á visitar la ermita y á descansar en ella mientras se preparaban á emprender de nuevo su camino. Eran personas de distincion, á lo menos tales me parecieron, sin duda por la gran necesidad que experimentaba de oir hablar con libertad de los acontecimientos políticos y del movimiento filosófico que los producía. Esos hombres estaban llenos de fé en el porvenir, lleros de confianza en sí mismos, no estaban muy acordes respecto de los medios que habian de ponerse en juego; pero era fácil columbrar que todos los tendrían por buenos en el momento del peligro. Este modo de considerar los mas delicados problemas de equidad social, me placía y me asustaba al mismo tiempo: todo cuánto rebosaba valor y sacrificio despertaba ecos aletargados en mi sér; sin embargo las ideas de violencia y ciega destruccion turbaban mis sentimientos de justicia y mis hábitos de paciencia.

Entre aquellas gentes, habia un jóven corso, cuyas severas facciones y mirada profunda no se han borrado nunca de mi memoria. Su porte descuidado unido á una gran reserva, sus palabras enérgicas y concisos sus ojos claros y penetrantes, su perfil romano, cierta graciosa desmaña que parecia desconfianza de sí mismo, aunque pronta á convertirse en colérica audacia á la menor provocacion, todo me cautivó en aquel jóven y aun cuando él afectaba despreciar todas las cosas presentes y apreciar únicamente cierto ideal de austeridad espartana, creí adivinar que ardia en deseos de lanzarse en la carrera de la vida, creí presentir que llenaria sus páginas de brillantes hechos. Ignoro si me he equivocado. Quizá no ha podido abrirse paso aun, tal vez su nombre es uno de los que llenan hoy dia el mundo; puede ser tambien que haya caido en el campo de batalla tronchado como tierna espiga antes de haber llegado á la época de su madurez. Si vive, si prospera quiera el cielo que su poderosa energía haya servido al desarrollo de sus rígidos principios y no al de ambiciosas pasiones. Fijó poco su atencion en el viejo ermitaño y aun cuando yo fuese menos digno de ella, concentróla toda en mí, durante las pocas horas que empleamos en andar á lo largo y á lo ancho del terraplen de rocas que rodea la ermita. Su andar era reprimido, siempre rápido y á cada instante se interrumpia bruscamente, como el movimiento del mar ante el cual se detenia para escuchar con admiracion. Su pensamiento parecia abarcar el cielo y la tierra, pero se complacia mas en esta que en aquel y las instituciones divinas no le parecian mas que institu-

ciones protectoras de los grandes destinos humanos. Su Dios era la voluntad; el poder su ideal; la fuerza su elemento de vida. Recuerdo distintamente el raptó de entusiasmo que se apoderó de él cuando traté de escudriñar sus ideas religiosas.

—«¡Oh! exclamó con viveza, no reconozco mas que á Jeovah porque es el Dios de la fuerza. ¡La fuerzal ahí está el deber, ahí está la revelacion del Sinái, ahí está el secreto de los profetas.

El deseo de la fuerza es la precision del desarrollo con que la necesidad castiga á todos los séres. Cada cosa quiere ser porque debe ser. Lo que no tiene fuerza para querer, está destinado á perecer, desde el hombre sin corazon hasta el tallo de yerba privado de jugos materiales. ¡Oh padre mio, vos que estudiais los secretos de la naturaleza inclinaos ante la fuerza. Observad que ansia para invadir, que obstinacion para resistir hay en todo, ¡como el líquen trata de devorar la piedra, como la yedra estrecha los árboles y procura atravesar su corteza, enlazándose á su alrededor como áspid enfurecido! ¿Veis al lobo escarbar la tierra y el oso ahondar la tierra antes de acostarse en ella? ¡Ay! ¿Cómo no guerrearán los hombres entre sí, nacion contra nacion, individuo contra individuo? ¿Porqué razon no seria la sociedad un perpétuo conflicto de voluntades y de necesidades contrarias, cuando todo es trabajo en la naturaleza, cuando las olas del mar se levantan unas contra otras, cuando la liebre es destrazada por el águila y la golondrina por el gusanillo; cuando los hielos hienden los pedruscos de mármol y la nieve resiste al sol? Levanta la cabeza; mira esas masas graníticas que se alzan encima de noso-

tros como gigantes y que hace siglos están sosteniendo el asalto de los vientos desencadenados; ¿qué quieren esos dioses de piedra que causan el soplo de Eolo? Porqué la resistencia del Atlas bajo el peso de la materia; por qué los hercúleos trabajos del ciclope en las entrañas del gigante y las lavas que impetuosamente arroja por la boca? Es que cada cosa quiere ocupar su sitio y llenar el espacio hasta donde se lo permita su poder de extensión; es que para desprender una partícula de esos granitos, es preciso la acción de una fuerza exterior formidable; es que cada ser y cada cosa encierra en sí los elementos de producción y destrucción, es que la creación entera ofrece el espectáculo de un gran combate, en donde el orden y duración descansan sobre la lucha universal. ¡Trabajemos pues criaturas mortales, trabajemos para nuestra propia existencia! ¡Oh hombre cuida de reformar tu sociedad si es mala, en ello imitarás al industrioso castor que edifica su casa; dedícate á conservarla si es buena; te parecerás en esto al arrecife que se defiende contra las invasoras olas. Si te desanimas, si entregas al cuidado del acaso, tu porvenir, morirás en el desierto como la raza incrédula de Israel; si te duermes en la cobardía, si soportas los males que el hábito te ha hecho familiares, á fin de evitar los que crees lejanos, si aguantas la sed por desconfianza del agua de la roca y de la vara del profeta, mereces que el cielo te abandone y que el mar te envuelva en sus ondas impasibles. Si, si, el mayor de los crímenes que el hombre puede cometer, la mayor impiedad con que puede manchar su vida es la pereza y la

indiferencia. Los que han aplicado la santa palabra de resignación á esa sumisión cobarde, los que han tenido por mérito el sufrir la insolencia y despotismo de otros hombres, son unos falsos profetas y han extraviado la raza humana en vías de maldición.

Así es como se explicaba mientras la brisa del mar agitaba sus largos cabellos negros. No he tratado de retratarte la fuerza y la concisión de su palabra, me sería imposible conseguirlo: solo he conservado la memoria de sus ideas y de su fisonomía que ha permanecido impresa en mí, mucho tiempo después de su partida. Acompañéle en la lancha que le condujo a bordo del buque, apretóme la mano fuertemente al despedirse y sus últimas palabras fueron:

«Vaya ¿no os determinais á seguirnos?»

Extremecióseme el corazón como si hubiera querido saltárseme del pecho, sentí hácia aquel hombre un movimiento de extraordinaria simpatía, como si su energía me comunicase ignorados reflejos; pero al mismo tiempo esa faz desconocida de un ser que podía burlar mi penetración, me heló de temor y solté su mano blanca y fría como el mármol. Seguíle gran rato con la vista desde lo alto de las rocas, desde donde le veía de pié sobre cubierta con un antejo observando los arrecifes de la costa; ya no se acordaba de mí. Cuando las velas del buque se confundieron con el horizonte, sentí no haberle preguntado su nombre; hasta entonces no me había acordado.

Cuando me hallé solo en la orilla parecióme que acababa de extinguirse el último resplandor de mi vida y que entraba en la eterna noche. Oprimi-

mióseme el corazon y aun cuando el sol me quemaba la cabeza, halléme de pronto como rodeado de tinieblas. Acudieron entonces á mi mente las palabras de mi sueño y pronunciélas en voz alta y con una especie de desesperacion.

*«¡Sea devuelto á la tumba, lo que á la tumba pertenece!»*

Pasé el resto del día muy agitado: mientras aquellos viajeros me animaron á seguirles, sentíme mas fuerte que sus sugerencias, luego que ya no me fué posible mudar de parecer, dudé de si mi negativa habia sido un rasgo de temor y no de buen sentido. Halléme abatido, incierto y lancé sombrías miradas á mi alrededor: mi hábito negro me pesaba como una capa de plomo, estaba disgustado de mí mismo. Arrastréme hasta mi cama de juncos y me dormí deseando no volver á despertar.

Volví á ver en sueños al abad Espiridion, por la primera vez despues de doce años. Me figuré que entraba en la celda, que pasaba junto al ermitaño sin despertarlo y que venia á sentarse familiarmente á mi lado. No le veia distintamente y sin embargo le reconocia, estaba cierto de que se hallaba allí, de que me hablaba y era el mismo timbre de voz que tenia él en mis sueños precedentes, apesar del mucho tiempo que habia trascurrido desde el último. Hablóme viva y extensamente y me desperté muy conmovido, pero me fué imposible acordarme de una sola palabra de cuánto me habia dicho. Sin embargo conservaba la impresion de sus advertencias y todo el día estuve triste y pensativo como un niño reprendido, por una falta cuya gravedad no conoce. Paseábame perseguido por la idea

de Espiridion y no pensaba en rechazarla; no me causaba ya espanto aunque se hallase unida, en mi sentir á un pensamiento de alienacion mental; importábame poco desde entonces perder la zazon, con tal que mi locura fuese apacible y como me sentia inclinado á la melancolía, preferia en mucho este estado á la lucidez de la desesperacion.

La noche siguiente recibí la misma visita y tuve igual sueño, lo propio me aconteció la tercera noche. Empezaba á no preguntarme ya si era una de aquellas ideas fijas que se apoderan de los cerebros enfermos, ó si verdaderamente existia comunicacion posible entre las almas de los vivos y las de los muertos. Tenia si ya no el espíritu, á lo menos el corazon bastante tranquilo porque hacia algun tiempo que me dedicaba á la práctica del bien. Habia abandonado el deseo de volverme mas ilustrado y mas agudo, por el de hacerme mas justo y mas puro. Dejábame pues arrastrar por el destino. Mi último sacrificio, aunque muy costoso estaba ya consumado; habia obrado como me lo habia dictado la conciencia. Ignoraba si esta sombra tan asídua en visitarme estaba descontenta de mi pesar, pero no tenia miedo de ella, me sentia bastante fuerte para hacer poco caso de los muertos, ya que habia podido romper para siempre con los vivos.

Al cuarto día recibí la órden formal del alto clero de volver á mi convento. El obispo de la provincia habia oido hablar de mi conferencia con unos viajeros, cuyo rápido paso burló las fiscalizaciones de su policia. Temióse no tuviese algunas relaciones secretas con promotores de insurreccion ó con extranjeros ambuidos de malos principios; previ-

nióseme de que me trasladaría inmediatamente al monasterio. Cedió á esa orden con la mas completa indiferencia. Sin embargo conmoviome la pena del buen ermitaño; aun cuando su respeto hácia los superiores le impudiese hacer objecion alguna, ni mostrar descontento de ninguna especie, se impresionó mucho. En el momento de verme desaparecer entre los árboles, me llamó, se arrojó en mis brazos y se arrancó de ellos llorando para acogerse á su oratorio. Entonces corrí tras él y por la primera vez, despues de muchos años me arrodillé ante un hombre y ante un sacerdote y le pedí su bendicion; fué este su último adios; murió el invierno siguiente, á los noventa años de edad; era un hombre demasiado oscuro para que en Roma pensasen en canonizarle y sin embargo nunca cristiano alguno mereció mas el patriciado celeste. Los habitantes de la comarca se repartieron su vestido de paño burdo y aun llevan pedacitos de él como reliquias. Los bandidos de la montaña para quienes jamás su puerta se halló cerrada, pagaron una magnífica funcion fúnebre en la iglesia de su parroquia para honrar su memoria.

Fuíme de la ermita á cosa de mediodia, y tomando el camino mas largo para volver al convento, seguí por la playa haciendo novillos por última vez en mi vida con la espalda doblada por la edad y el corazon gastado por la tristeza.

El dia era caluroso porque ya la primavera se dejaba sentir; el camino que yo seguía no estaba trazado, el mar lo habia excavado en la base de la montaña. Mil asperezas de la roca disfrutaban aun la orilla á la accion invasora de las olas. Era este

parage agreste y el mar formaba allí lúgubres armonías. Una antigua y arruinada torre, asilo de cernicalos y gaviotas parecía pronta á desplomars encima de mi cabeza. Roidas sus piedras por el aire salitroso, habian adquirido el grano y el color de las vecinas rocas y en muchos parages la vista no podia distinguir donde concluía el trabajo de la naturaleza y donde empezaba el del hombre. Comparéme á esas ruinas abandonadas que los huracanes arrebatan piedra tras piedra y preguntéme si el individuo estaba obligado á aguardar su destruccion del tiempo ó de la casualidad, si despues de haber terminado su tarea ó consumado su sacrificio, no tenia derecho para apresurar el reposo de la tumba y agitáronse en mi cerebro extraños pensamientos de suicidio. Levantéme entonces y me puse á andar á orillas de la roca con tanta rapidez y tan junto al abismo que no sé como no caí; en aquel momento oí detrás de mí como el crugido de un vestido que rozára los musgos y malezas. Volvíme sin ver á nadie y emprendí de nuevo mi carrera; por tres veces resonaron pasos detras de los míos, y á la última una mano fria como la nieve se puso encima de mi abrasada cabeza: reconocí entónces al Espíritu y aterrorizado me detuve exclamando:

—Manifiesta tu voluntad y te pertenezco, pero que sea la voluntad paternal de un amigo y no el antojo de caprichoso espectro, porque puedo escapar á todo y aun á tí mismo por la muerte.

No recibí respuesta y dejé de sentir la mano que me habia detenido, pero buscando con la vista, ví delante de mí, á alguna distancia, al abad Espiridion con su antiguo trage, tal cual se me habia

aparecido en el lecho de muerte de Fulgencio. Andaba rápidamente por el mar siguiendo el ancho rastro de fuego proyectado por el sol. Cuando llegó al horizonte se volvió y parecióme brillante como un astro; con una mano me señaló el cielo, con la otra el camino del monasterio; luego desapareció de repente y emprendí nuevamente mi marcha transportado de gozo y lleno de entusiasmo. ¿Qué me importaba ser loco? Había tenido una vision sublime.

—¿Padre Alejo díjele interrumpiendo su narracion, debióle costar sin duda mucho trabajo, volver á los hábitos de la vida monástica?

—Claro está repuso él; la vida cenobítica me gustaba mas que la del claustro; apesar de que tambien me llamaba poco la atencion. Un vano ideal de felicidad aquí bajo, no era el fin de mis trabajos; una pueril necesidad de dicha y de bienestar no era el objeto de mis deseos; solo uno llenaba mi vida, el de alcanzar la esperanza, ya que no el de la fé religiosa. Si al desarrollar las potencias de mi alma hubiese llegado á sacar gran provecho de la verdad, de la sabiduría ó de la virtud, habríame considerado dichoso, tanto como puede serlo el hombre en este mundo, pero ¡ay! la duda, la punzante duda vino á asaltarme aun, despues del último inmenso sacrificio que habia hecho. Cierto que tenia la ventaja de estar mas cerca del bien que antes de salir de mi claustro. Fatigado de cultivar el estéril campo de la pura inteligencia, ó mejor dicho, comprendiendo con mas exactitud la extension de ese vasto dominio del alma, que una orgullosa filosofia habia querido reducir al circulo de las frias especulaciones ep

la metafisica, conocia la vanidad de cuánto me habia seducido y la necesidad de una sabiduría que me hiciese mejor: poniendo en juego el afecto, habia hallado el sentimiento de caridad; con la amistad habia comprendido cuan dulce es amar; con la poesía y las artes volvia á encontrar el instinto de la vida eterna con la celeste aparicion del propicio génio del abad, recobraba la fé y el entusiasmo: aun me quedaba todavía algo por hacer, bien lo sabia, era el cumplimiento de un deber. Cuánto habia hecho para aliviar los males físicos de mi alrededor, no era sino obligacion pasajera, de la que no podia atribuirme ningun mérito pues que la providencia me habia centúplamente recompensado, dándome dos amigos sublimes, el ermitaño en la tierra y Hebronius en el cielo; si volvia al convento era sin duda porque tenia que cumplir una mision: la gran dificultad consistia en saber cual era; preguntábame pues para que puede servir un fraile en el fondo de un claustro y en el siglo en que vivimos, cuando los trabajos de los eruditos monásticos de los siglos pasados han dado ya sus frutos y cuando ya no existen en los conventos tesoros ocultos para sacarlos á luz con el fin de educar al género humano; sobre todo cuando la vida monástica pertenece á una religion insuficiente ya para las generaciones contemporáneas. ¿Qué puede uno hacer por lo presente si está ligado á lo pasado; cómo marchar y hacer marchar á los demás, cuando uno está agarrotado á un poste?

Hé aquí un gran problema, el problema de toda mi vida, para resolverlo he consumido mis últimos años y es preciso que te lo confiese, querido

Angel, no lo he resuelto todavía. Lo que he hecho es resignarme despues de haber reconocido dolorosamente que nada mas podía.

¡Oh! hijo mio, ningun paso he dado hasta ahora para destruir tu fé católica; no soy partidario de las educaciones rápidas, mayormente si se trata de echar por tierra convicciones adquiridas y no se ha podido formular lo desconocido de una idea nueva, es preciso no apresurarse á lanzar una jóven inteligencia en los abismos de la duda. La duda es un mal necesario, todavía mas; puede decirse que es un gran bien y que sufrida con dolorosa humildad, con el deseo de llegar á la fé, es uno de los mayores méritos que una alma sincera puede ofrecer á Dios. Si, ciertamente, si el hombre que se duerme en la indiferencia de la verdad, es vil, si el que se enorgullece en una negacion única, es insensato ó perverso, el hombre que llora su ignorancia es digno de respeto y el que trabaja ardentemente para salir de ella es grande, aun cuando nada haya recogido todavía de su trabajo. Pero se necesita tener un alma muy bien templada, ó una razon ya madura para atravesar ese mar tumultuoso de la duda, sin verse engullido. Muchos espíritus jóvenes se han aventurado á ello y privados de brújula se han perdido para siempre ó se han dejado devorar por los mónstruos del abismo, por las pasiones á quienes ningun freno encadenaba. En vísperas de abandonarte te dejo en manos de la providencia, ella prepara la libertad material y moral. La luz del siglo, esa gran claridad de desengaño, que tan brillantemente se destaca en el cuadro de lo pasado, pero que tan pocos rayos presta para lo futuro ven-

drá á buscarte aquí en el fondo de estas tenebrosas bóvedas: mírala sin palidecer cuidando de que no te embriague demasiado; los hombres no reedifican en un dia lo que han destruido en una hora de indignacion ó de cansancio; estáte seguro de que la morada que te ofrecerán no será idónea para tus necesidades; fómatela pues tu mismo á fin de tener abrigo el dia de la tempestad. Ninguna otra leccion puedo darte mas que la de mi vida. Hubiera querido dártela algo mas tarde pero el tiempo urge y los acontecimientos se hacinan rápidamente. Voy á morir y si á costa de treinta años de padecimientos he adquirido algunas puras nociones quiero legártelas; haz de ellas el uso que te dicte la conciencia. Te lo he dicho y no te admire la calma con que te lo repito; mi vida ha sido larguísimo combate entre la fé y la desesperacion; va á terminarse ahora triste y resignada en cuánto concierne á esta vida misma, pero mi alma está llena de esperanza en el porvenir eterno. Si á veces me ves aun presa de grandes combates, léjos de escandalizarte, sirvan para tu edificacion. Observa cuan imposible es que la razon y la conciencia se desesperen, pues que habiendo agotado yo todos los sofismas del orgullo, todos los argumentos de la incredulidad, toda la tristeza del desaliento, todas las angustias del temor, la esperanza triunfa en mí á la aproximacion de la muerte. La esperanza, hijo mio, es la fé de este siglo.

Pero prosigamos nuestro relato. Entré en el convento en un estado de exaltacion: apenas hube atravesado sus verjas, cuando me pareció sentir encima de mí todo el peso de estas heladas bóve-

das, bajo las cuales venia por segunda vez á enterrarme. Cuando tras de mí se cerró la puerta con acompasado rechinamiento, creí que mil ecos fúnebres despertados como en sobresalto me acogian con fúnebre concierto. Turbéme entonces y en un momento de indescriptible espanto, volví hácia atrás hasta la puerta fatal. Si está entreabierta creo que escapo y huyo para siempre. El portero me preguntó si habia olvidado alguna cosa.

—Sí, le respondió azorado, he olvidado vivir.

Esperaba que la contemplacion de mi jardin me consolara y en lugar de ir enseguida á presentarme y ponerme á las órdenes del prior, corrí hácia él; no quedaba ya el menor rastro: la huerta lo habia invadido todo; mis enparrados habian desaparecido; mis hermosas plantas estaban arrancadas; solo las palmeras habian sido respetadas é inclinaban sus frentes altaneras en actitud taciturna como para buscar en elsuelo recientemente removido los céspedes y las flores que tenian costumbre de abrigar. Fuíme á mi celda; conservábase en el mismo estado que el dia de mi partida, pero ella, solo guardaba para mí penosos recuerdos. Fui á ver al prior; mis facciones estaban trastornadas: observólo á la primera mirada que me dirigió y lei sobre su frente la alegría de un triunfo insultante. Devolvióme entonces el desprecio toda mi energía y aunque nuestra conversacion giró en apariencia sobre generalidades, dile á entender en pocas palabras que no me equivocaba acerca de la distancia que mediaba entre un hombre como él, atado á la regla por vulgares intereses, y un hombre como yo devuelto á la esclavitud por un acto heróico de

libre voluntad. Durante algunos dias fui objeto de una cobarde y malévola curiosidad. No podian persuadirse de que únicamente el miedo de la disciplina escolástica me hubiese reconducido al convento y regocijábanse con la idea de que esto me hacia sufrir: no les proporcioné el gusto de sorprender un suspiro en mi pecho ó una queja en mis labios. Mostróme impasible, pero me costó mucho.

El momento de entusiasmo que me causara mi magnífica vision á orillas del mar, se disipó prontamente, porque no se renovó como me habia yo lisonjeado y vuelto de nuevo á la lucha de la triste realidad, tuve sobrado tiempo para considerarme aun otra vez como un sér racional condenado á sufrir pasajeras aberraciones y á darse friamente razon de ellas el resto de su vida. En otro siglo esas visiones hubiesen hecho de mí un santo, pero en el presente, reducido á ocultarlas como una flaqueza de espíritu ó enfermedad corporal, no veía en ellas mas que un asunto de humillantes reflexiones sobre la extraña pobreza de las facultades humanas. Sin embargo á fuerza de meditar sobre aquellas cosas, llegué á decirme que siendo la naturaleza del alma un profundo misterio, las potencias de esa misma alma debian ser tambien profundamente misteriosas; porque una de dos: ó mi espíritu gozaba en ciertos momentos el poder de reanimar ficticiamente lo que la muerte habia hundido en lo pasado ó lo que la muerte habia segado con su guadaña tenia el poder de reanimarse para comunicar conmigo y ¿quién puede negar ese doble poder en el dominio de las ideas, á quién le

es dable admirarse de ello? ¿Todas esas obras maestras del arte y de la ciencia que nos conmueven hasta el punto de hacer palpitar nuestros corazones y correr nuestras lágrimas, son sudarios que cubren á muertos? ¿La huella de un gran destino, bórrase acaso por la muerte; no aparece aun mas brillante á través del trascurso de los siglos; existe en el espíritu y en el corazón de las generaciones en el estado de un simple recuerdo? No, vive sumida á la posteridad de luz y de calor. ¿Platon y Cristo no están siempre presentes y de pié entre nosotros? Ellos piensan, sienten por medio de millones de almas, hablan y obran por medio de millones de cuerpos. Por otra parte ¿qué es el recuerdo en sí? ¿No es acaso una sublime resurreccion de los hombres y de los acontecimientos que han merecido escapar á la muerte del olvido? Y esta resurreccion ¿no es obra del poder de lo pasado que viene á buscar lo presente, y el de lo presente que vá á buscar lo pasado? La filosofía materialista ha podido afirmar que destruyendo la muerte las potencias, los difuntos no tenían otra fuerza entre nosotros que la que nos placía restituirles por simpatía ó por espíritu de imitacion. Pero ideas mas elevadas deben restituir á los hombres ilustrados una inmortalidad mas completa y hacer solidarios uno de otro ese poder de los vivos y ese poder de los muertos que forman lazo invencible á través de las generaciones. Los filósofos se han mostrado demasiado enamorados de la nada, cuando al cerrarnos las puertas del cielo, nos han negado la inmortalidad en la tierra.

Sin embargo existe aquí de un modo tan sen-

sible que está uno tentado de creer que los muertos renacen en los vivos y por lo que respecta á mi opinion, creo en un engendro perpétuo de las almas, que no obedece á leyes de la materia, ni á vínculos de la sangre, sinó á leyes misteriosas y vínculos invisibles. Algunas veces me he preguntado, si no era yo el mismo Hebronijs, modificado en una nueva existencia por las diferencias de un siglo posterior al suyo; mas como este pensamiento fuese demasiado orgulloso para ser verdadero díjeme á mi mismo que podia él ser yo, sin haber dejado de ser él, del mismo modo que en el orden físico, reproduciendo un hombre la estatura, las facciones, y las tendencias de sus abuelos, los hace revivir en su persona, teniendo al mismo tiempo una existencia que le es propia y que modifica la existencia trasmitida por ellos. Y esto me condujo á creer que gozamos dos inmortalidades, ambas materiales é inmatrimales: la una que pertenece á este mundo y que trasmite nuestras ideas y nuestros sentimientos á la humanidad por medio de nuestras obras y nuestros trabajos; la otra de que se toma cuenta en un mundo mejor por nuestros méritos y padecimientos y que conserva un poder providencial sobre los hombres y cosas de este mundo.

Así es como podía admitir sin presuncion que el abad vivia en mí por el sentimiento del deber y del amor á la verdad que habia sido el distintivo de toda su vida y sobre mí por una especie de divinidad, que era la recompensa y la indemnizacion de sus penas en esta vida.

Abismado en estos pensamientos, olvidaba insen-

siblemente este mundo exterior, cuyo estrépito, llegado hasta mí por un instante, tanto me habia agitado. Los instintos tumultuosos que una hora de desvario despertó en mí, se apagaron, y díjeme que unos estaban llamados á mejorar la forma social por medio de brillantes acciones, mientras que á otros estaba reservado el buscar en la calma y meditacion la solucion de esos grandes problemas que indirectamente atormentan á la humanidad; porque los hombres trataban con espada en mano de abrir una via que no habia iluminado la luz de una nueva aurora. Combatian en las tinieblas, asegurando al principio una libertad necesaria en virtud de un derecho sagrado; pero conocido y aplicado este derecho, falta conocer el deber y eso es de lo que no pueden cuidarse durante esta tempestuosa noche, en cuyo seno les sucedia herir á sus hermanos en lugar de herir á sus enemigos.

Ese trabajo gigantesco de la revolucion francesa, no era ni podia ser únicamente cuestion de pan y abrigo para los pobres; era mucho mas elevado, y apesar de cuánto se ha llevado á cabo, apesar de cuánto ha abortado en Francia acerca de este particular, segun mi modo de ver, eran causas de mucha mas importancia las que en efecto producian y confirmaban esa revolucion, la cual debia proporcionar al pueblo, no solo un bienestar legítimo, sino que debia y debe, no lo dudes, hijo mio, acabar de dar, suceda lo que suceda, la libertad de conciencia al género humano entero, pero que uso hará de esa libertad, que nociones de su deber habrá adquirido, combatir como valiente soldado durante tantos siglos, dividiendo bajo la tiniebla y

velando sin cesar, con las armas en la mano contra los enemigos de su derecho.

¡Ay! cada guerrero caido en el campo de batalla, vuelve los ojos al cielo y se pregunta porque causa ha combatido, porque es mártir y si todo ha terminado para él en aquella hora de amarga agonía. Sin duda alguna presiente una recompensa, porque si su único deber consistia en conquistar su derecho y el de su posteridad, comprende que todo deber cumplido merece una recompensa y ve por otra parte que su recompensa no la ha recibido en este mundo porque no ha gozado de su derecho. Y cuando se haya conquistado enteramente ese derecho para las generaciones futuras, cuando todos los deberes de los hombres entre sí queden establecidos por el mútuo interés ¿será esto bastante para la felicidad del hombre. ¿Esa alma que me atormenta, esa sed de lo infinito que me devora, quedarán satisfechas y apagadas porque mi cuerpo esté al abrigo de la necesidad y mi libertad preservada de ataques? Por apacible, por benigna que supongamos la vida en este mundo ¿llenará los deseos del hombre y será la tierra bastante vasta para su pensamiento? ¡Oh! no soy yo quien debe contestar sí: sé demasiado lo que es la vida reducida á satisfacciones egoistas; he sentido demasiado lo que es el porvenir privado del sentido de la eternidad. Monje, viviendo al abrigo de todo peligro y de toda necesidad, he conocido el hastío, esa hiel vertida en todos los manjares. Filósofo y sujetando al imperio de la fria razon todos los sentimientos del alma, he conocido la desesperacion, ese abismo entreabierto ante todos los despojos del pensamiento. ¡Oh! no me digan que